

Colección  
*Seguro azar*  
(poesía)  
XIV

© del texto: Francisco Silvera

© de las ilustraciones: Juan P. Suárez

© de esta edición: **EDA libros**  
c/ Pinsapo 15, Local 11  
29639 Benalmádena Pueblo, Málaga  
teléfono: 952 448 420  
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.: 978-84-92821-94-5

Depósito legal:

Francisco Silvera

## Libro de los Silencios



Ilustraciones de  
Juan P. Suárez

Benalmádena, Málaga, España, 2018

Campus habet oculos, silva aures.

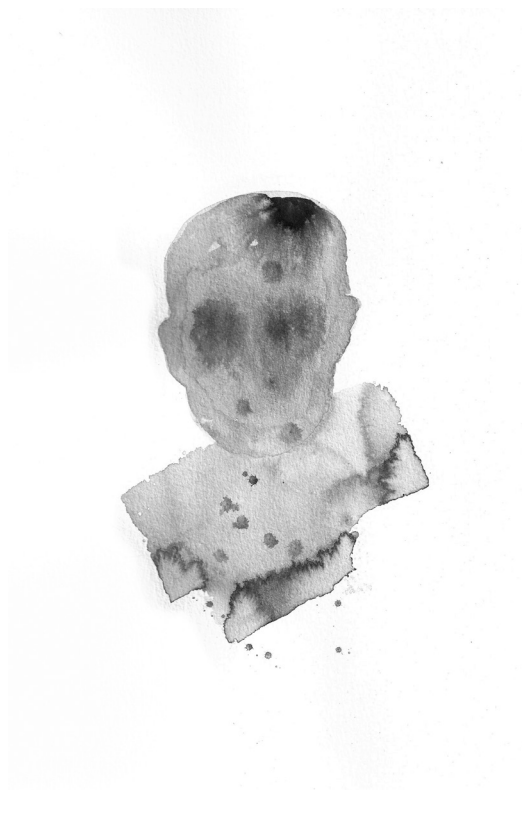
JHERONIMUS VAN AKEN

Se aprieta el olor de cera derretida, de flores cansadas;  
se deshoja una rosa carnal y zumba un insectillo.

GABRIEL MIRÓ. *El humor dormido*

Sola y eterna, tierra de arados [...]. ¡Ay de los que te  
olvidaren, de los que en su piel y en sus ojos pierdan tu  
recuerdo, de los que no se refresquen contigo, de los que  
te pierdan de alma!

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS. *Las cosas del campo*



## La higuera

Dicen que ha muerto Juan. Lorenzo se acerca a La Venta para ver si es verdad. Sí, hace cuatro días, los que él ha estado en su casa sin ver a nadie. “Vaya por Dios”, alcanza a decir con su voz vieja. Tiene Lorenzo los ojos muy pequeños, consumidos de tanto ver, siempre con una lagrimilla involuntaria que le entristece el rostro. Pero ahora es una lágrima cierta la que le surca la faz hasta el mentón, y allí se la quita de una puñada rabiosa y huesuda.

Lorenzo contiene la emoción. Ha sido de pronto, aunque venía quejumbroso de un dolor. José, el Ventero, le cuenta cómo él mismo le llevó a Urgencias, sin pensar que fuera cosa grave. Sentado en una silla de plástico, aguardaba su turno. Cruzó los brazos y cerró los ojos. Parecía dormido. Hubo que buscar el teléfono de su hija. Parecía descansado.

Mientras camina oye el silencio del campo. Piensa Lorenzo que hasta para morirse hay que pedir cita hoy. Lleva un paso cansino, un caminar algo atolondrado que no pierde compás a pesar de que el ritmo, impuesto por la edad, sea

irregular. También le pesa en los hombros la mirada de Juan. Pobre Juanillo. Lo imagina oscuro, fosco, tan recto encerrado en su nicho.

Dios la da y quítala Dios.

A un lado de la vereda hay un gato despanzurrado; Lorenzo se aparta, pasa lejos, evitándolo.

Ya es triste darse cuenta de lo que es la vida cuando casi no queda. Ve la casa de Juan y siente un golpeteo en el pecho. Trata de sonreír burlándose de sí mismo, igual que hace casi por todo, pero no puede. Oye un correteo familiar, un resuello, un aliento lleno de vida; es Melchor, el perro “del Juanillo” que, al llegar a su altura, ladra como siempre, como si Juan estuviera con su azada desmenuzando la tierra para sembrar.

Hay un linio de lechugas recién atadas. Junto a un olivo, las acelgas comienzan a desaforarse, habría que limpiarlas. A Lorenzo le gusta hacerlo a diario, para que engorden llenas de verde. Atraviesa la huerta con la garganta anudada. Hay un silencio tremendo e inalterable. La pisada, el pájaro, el ladrido lejano, el golpe en la distancia, todos son silencio, son parte de ese hablar callado del campo.

Rodea el casal. Detrás ve los almendros, florecidos como pronto preludio de verdores próximos. La higuera pelada se calienta lánguida al sol. Luce abollones morados y llenos de fuerza; parece que van a reventar impregnándolo todo de olorosa sabia de higueral.

Juan enseñaba el árbol a todo el que llegara a su casa. La sembró el abuelo, cuando su padre todavía era un niño. El padre, a su vez, construyó la recovera pero, por pena, no la arrancó. Le hizo un hueco en la pared y la podó: la higuera, las raíces entre el averío, buscó la luz y salió y creció y engordó. Tuvieron que agrandar el vano, siempre apretando,

siempre presente. Y, a veces, se discutía, pero ¿quién iba a quitarla del costerón, si la vida de la familia transcurría con ella?

Es una higuera anciana. Sus ramas buscan el suelo para retoñar nuevas, huyendo de la vejez matriarcal de las raíces hundidas en la oscuridad de la recova. Lorenzo mira lo limpias que brillan al sol del mediodía las trampas de las arañas, enredadas entre sus mil brotes, gasas tejidas sobre los codos huesudos de la fronda hibernada.

Lorenzo observa la pared bufada del gallinero. El tronco añoso, de madera tripona, surge del interior como un estallido de fuerza. Acaso un vendaval la lanzó contra el muro clavándola como lanza. Recuerda las tardes de estío sentados a su sombra, mareados por la fragancia de los higos endulzándose. A un lado del tronco hay una mesa vieja; el árbol, perpendicular contra el paredón y horizontal sobre el terreno, hace de asiento.

Silencio de campo. Piensa Lorenzo las mentiras de la vida. Ahora que Juan no está, su hija venderá la casa. Muchas veces intentó llevarse al viejo, pero éste no quiso. Ahora podrá enajenarla, y tiene quien se la merque: uno que quiere tirarlo todo y hacer unos chalets de veraneo.

Lorenzo da la vuelta y echa una mirada última a la higuera. La ve triste, sola, oyendo el cacareo indiferente de las gallinas. Ni Juan ni la higuera están. Lorenzo se agacha y recoge el jacho de Juanillo. Lo pone de pie, junto a la entrada de la casa. Viene otra vez el perro; Lorenzo le indica que le acompañe a su tierra, le hace carantoñas y mira a sus ojos. Melchor ladra dos veces y, después, calla.

## La espera

Los viejos caminan de un lado para otro, las manos en los bolsillos, se saludan y preguntan por los males, todos protestan. Alguno, sentado, no; dormita plácidamente o tose con estruendo hueco y malsano. A Lorenzo no le molesta esperar. Lorenzo lo hace todo sin esfuerzo; nada le supone un trabajo desdeñable porque sólo hace lo que debe.

Observa. Sale uno del despacho y cierra la puerta; suena después el timbre y entra otro. Aquél repasa sus papeles y descubre errores; comienza a disparatar, Lorenzo lo ve venir. El individuo va a llamar y no se atreve; de nuevo lee los documentos para cerciorarse, y despotrica aludiendo a que todo le pasa a él, a que no le tratan como merece y anuncia, para que le oigan, un jaleo de necesidad. Pero a la puerta llama, por fin, muy suave, y al salir la secretaria apenas atisba a explicarle lo que le ocurre. La mujer dice que no hay error y, cuando él asiente marchándose agradecido, exclama arrepentida: “¡Es verdad, es verdad!” y le cambia unas fechas. El anciano sonrío satisfecho

y sumiso. La secretaria entra en el consultorio. El hombre devuelve su expresión agria y camina lustroso, vencedor...

Más adelante, cuando encuentre un amigo, narrará envaletonado como si la realidad entera se hubiera tenido que doblegar a su ofendida honradez.

Lorenzo conoce al protestón. Y cree que no es malo: ¿quién podría ser malo a conciencia? También conoció a su padre, por eso sabe cómo debe haber sido su vida: toda atropello, rencor y egoísmos. La crianza, como en el animal, lo hace todo. Piensa Lorenzo qué dispar es la suerte. No tuvo él malos padres. Los ojos dicen mucho, el castigado busca siempre la vara, se defiende contra la tunda eterna que se le viene encima. Es como el perro, se mueve nervioso y obedece, pero, quizá, un día dé un susto, aunque, al final, sin mal corazón, siempre sin mal corazón.

Las mujeres hablan y ríen. Una dice que si puede colarse lo hace, lo dice con gracia y picardía, por eso los otros, sin oírla demasiado, le ríen el atrevimiento. Otra señora, enjuta, muy recta y blanca, dice que eso no está bien, que hay que respetar a los demás, que si una mujer llega de su casa corriendo alterada para entrar y se encuentra que se le han colado... “¡Pues que llegue antes!”, y todas ríen de nuevo; las señoras risueñas tienen las cabezas despeluchadas como gallinas, el pelo achicharrado de tintes, suciedad y años; llevan los ojos pintados y van en chándal. “Eso no está bien, mujer”, dice la que va toda vestida de negro y con gafas de abuela carisería e intolerante.

Lorenzo sonrío por simpatía, sin embargo de pensar, en el fondo, como la viejecita delgada. Pero ríe porque en la espera de los papeleos oye uno las noticias del pueblo y calibra la vida de las gentes. Se arrellana en su asiento, espera, las piernas cruzadas y las manos en el regazo jugueteando

con la gorra. Suena el timbre y se hace un revuelo, falta un número, ya se dispone el siguiente a entrar; mira Lorenzo su papelito y pidiendo perdón camina hacia el despacho. Hay ronroneos felinos y miradas de rencor, pero Lorenzo sonrío siempre.

## **La Huerta del Sordo**

Lorenzo no sabe por qué llaman a su casa La Huerta del Sordo. Todo tiene un motivo. Ya era La Huerta del Sordo cuando llegó. A fuerza de soledad, la casa y el hortal se han hecho compañeros. Lorenzo quiere a esta tierra; piensa en Juanillo, en cómo derribarán su casa y con ella cualquier recuerdo del hombre; la higuera, resistente a las generaciones, sucumbirá a una pala mecánica apenas en unos minutos, terminando despedazada en los hogares de otras familias lejanas e ignorantes que quieran quemar esa leña venenosa. Mira Lorenzo su tierra y siente pena.

Se oye el barullo de un tren. Después: silencio. La casa de Lorenzo está rodeada de encinas, chaparros, alcornosques... A veces surge de la tierra una cresta de pizarra gris oscura, a sus pies crecen mejor los acebuches, y el lentisco desafortunado agarra y medra donde quiere y se le permite. Unos metros delante del frontal, el terreno entra en declive y profundiza formando parte de una hoyada, resto de una torrentera que sigue su curso hasta desaguar

en una gran lengua de tierra reverdecida; a lo lejos se ve el pueblo. Desde la casa de Lorenzo, elevada en una orilla de este valle, se extiende el mundo.

A Lorenzo le gusta reposar la mirada en el horizonte. Su casa es un fortín, una atalaya, un púlpito desde el que todo sermón consiste en mirar, y ahí está la única verdad que Lorenzo concibe. Todo padecer, las angustias que, muy de vez en cuando, atenazan su corazón: vuelan en el sentido de la torrentera hasta hacerse tierra y rocalla.

Hace mucho que no corre por allí el agua. Han crecido almendros, nogueras, en algunos recodos alguien plantó vides y también melocotoneros. Son vestigios de la abundancia unas acequias y pozos, hoy cegados, que ya no riegan nada. Dentro de un pozal hay matorrales abundantes y en uno de ellos, como en casa de Juan, una higuera imposible nació en el adobe del interior, brotando su ramaje como un esplendor de madera y aguas que no están. A Lorenzo, llegado el tiempo, le gusta acercarse a coger su fruto fácil.

La Huerta del Sordo no tiene vallas. Se llega a ella por caminos muy distintos, aunque casi nadie los frecuenta. Vive Lorenzo solo con su terrazgo, allí pasa los días hasta que le hace falta algo de La Venta o el pueblo. Lorenzo no es de mucho hablar. No entiende el paso del tiempo sin la grito de las aves, el tronar del cielo, el crepitar del sol o el roce aguanoso de las brisas y las lluvias.

Cae la tarde y Lorenzo nota la frialdad en el pecho. Se sienta a la puerta de su casa con las piernas descansadas; ve caer la lumbre del sol, cómo todo se dora y humedece, cómo cambian los tonos; y las cosas, siendo las mismas, se hacen noche. El hombre mira con sus ojillos escondidos, encerrados entre pieles; desde la altura contempla los huertos geoméricamente sembrados, oye a distancia un rumorcillo

que podría ser el pueblo, pero se le montan los campos encima hasta asordarle los sentidos, hasta convertir todo fragor de vida en un silencio tranquilo, casi dormido, paciente.

Mirando las tierras, piensa Lorenzo por qué se han de matar los hombres. Habrá canallas, si no: no se explica uno; lo que nos hace falta está al alcance de las manos. Habrá gente que quiera más, pero a Lorenzo no le parece que sea ésta buena manera de vivir. Lorenzo no quiere hermandades, ni grupos ni pueblos, todo le suena a complicado y enredoso; el mundo es muy grande y fértil, quien no tenga que se acerque, repartiendo las tierras hay para todos. Y que agachen el lomo, porque Lorenzo llama trabajar a la faena del campo; cuando quiera uno más de lo que pueda comer ha de emplearlo para no doblarse, y volverán los canallas... Mejor no pensar en los hombres.

El sol cae anaranjado, con una aureola que anuncia aguas. En realidad, antes Lorenzo preveía cuándo iba a llover. Ya cambió el clima. Sabe Dios. Todo está transformándose, quizás para bien; o para mal. Observando la misma arboleda de siempre siente que son otros los que están ajando el tiempo, pero ¿qué puede hacer?

Hay un silencio grande de sonochada. No oyó nunca silencio igual. Está como sordo; a lo mejor por esto se llama su casa La Huerta del Sordo. Quién sabe.